

9. El Octavo Capítulo de Daniel

Habían transcurrido dos años desde la visión registrada en el séptimo capítulo de Daniel. La mente del profeta había meditado a menudo en las escenas que entonces contempló, y el tema del juicio había sido ponderado una y otra vez. Él mismo dice que guardó el asunto en su corazón, pues en los días de Daniel, como en el tiempo presente, solo unos pocos podían comprender y apreciar los temas espirituales. Muchos cambios de naturaleza material habían tenido lugar durante esos dos años. La maldad había aumentado en el reino de Babilonia, y no se mostraba ninguna reverencia a Dios ni a su pueblo. Esto entristeció el corazón de Daniel. Él, que durante años había sido el consejero principal del imperio, ya no residía en la capital, sino que tenía su residencia en el palacio de Susa. Susa era la capital de Elam, que antiguamente era una provincia sujeta al reino de Babilonia, pero a medida que ese imperio comenzó a debilitarse y se reconoció la fuerza de Ciro, el general persa, Elam, bajo Abradates, el virrey o príncipe, se había sublevado de Babilonia y se unió a las fuerzas de los persas. Años antes de esto, el profeta Isaías había dicho que Elam y Media unirían fuerzas en la conquista de Babilonia. Como Daniel vivía en el palacio de Susa, vio abrirse el camino para el cumplimiento de esta profecía. Si Babilonia no estaba ya bajo asedio a manos de Ciro y Darío, su caída era tan inminente que en esta visión la historia de las naciones comienza con el surgimiento del reino de los Medos y Persas.

Daniel fue transportado al río Ulai, a orillas del cual se encontraba un carnero que tenía dos cuernos, uno más alto que el otro, y el más alto surgió al final. En su visión anterior, el segundo reino había sido representado por un oso que se levantó de un lado y tenía tres costillas en la boca. Ambos símbolos se aplican a la doble naturaleza del reino de los Medos y Persas, pero los cuernos desiguales del carnero dan una descripción más específica; porque si bien el reino medo era el más antiguo de los dos, el persa lo superó en fuerza, y su posición en la historia debe atribuirse a la línea de reyes persas que comenzó con Ciro el Grande. La precisión con la que se interpreta este símbolo es una ilustración del hecho de

que las Escrituras son sus propios mejores comentarios. Dijo el ángel: «El carnero que viste con dos cuernos son los reyes de Media y Persia.»

A medida que el carnero empujaba hacia el oeste, el norte y el sur, y ninguna bestia podía resistirle, así el imperio Medo-Persa extendió su dominio en estas direcciones. Al caer Babilonia, ciento veinte provincias reconocieron la autoridad de Ciro y Darío. Estas fueron mantenidas en sujeción, y otras se añadieron, de modo que en tiempos de Asuero de Ester, el reino controlaba ciento veintisiete provincias, extendiéndose desde la India en el este hasta el Mediterráneo en el oeste, y desde el Mar Caspio hasta Etiopía. Entonces se le llamó un reino glorioso, y al monarca se le conocía como «*su excelente majestad*». Los mismos hechos se destacan en el undécimo capítulo de Daniel, donde Jerjes, el cuarto desde Ciro, incita a todas las naciones orientales a la guerra con Grecia: «Hizo según su voluntad, y se engrandeció.»

Sin embargo, la grandeza del segundo reino no aseguró la duración de su vida, y al profeta se le mostró un macho cabrío que venía del oeste y, como lo describe la traducción de Spurrell, «*precipitándose sobre la faz de toda la tierra, sin tocar el suelo.*» El cabrío tenía un cuerno notable entre sus ojos. En la interpretación, el ángel dijo: «El macho cabrío áspero es el rey [o reino] de Grecia, y el cuerno grande... es el primer rey.» El reino de Grecia fue descrito en la visión anterior (Daniel 7:6), pero en el tiempo que ahora se considera, se dan los detalles de su surgimiento. El capítulo undécimo declara que el cuarto reino después de Ciro levantaría a las naciones contra Grecia. Esto se hizo cuando Jerjes cruzó el Helesponto con un gran ejército en el 480 a.C. Su ejército, según Heródoto, superaba el millón y medio. Fue una reunión de naciones, y tan vasto era el ejército que se necesitaron siete días para pasar de Asia a suelo griego. Pero a pesar de todos los preparativos, el ejército persa fue derrotado en las Termópilas, en Salamina y en Platea, y Jerjes, desanimado y abatido, abandonó el intento de invadir Grecia. La profecía había predicho que cuando Medo-Persia y Grecia contendiesen, Grecia sería la potencia agresora.

Más tarde, el macho cabrío, Grecia, se acercó al carnero, Medo-Persia, *«y se lanzó sobre él con la furia de su fuerza. Y lo vi acercarse al carnero, y se mostró extremadamente irritado contra él, y golpeó al carnero, y le quebró sus dos cuernos, de modo que el carnero no tuvo fuerza para resistirle, pues lo derribó al suelo y lo pisoteó; y nadie pudo librar al carnero de sus garras.»* — Spurrell.

Ningún historiador ha dado jamás un relato más gráfico del conflicto entre los griegos bajo Alejandro Magno y los persas bajo Darío. Aquel reino que antes había mostrado una fuerza tan maravillosa, se desmoronó y cayó, y no hubo quien lo ayudara. Había pasado su período de prueba y había colmado la copa de su iniquidad. Miguel, el Señor del cielo, había estado a la diestra del monarca persa en el trono para persuadirlo, y sin embargo él había resistido la influencia divina, y ese reino que había sido una vara en la mano de Dios para derrocar a Babilonia en su maldad, repitió sus pecados y, a su vez, encontró el mismo destino. Aunque los persas restauraron a los judíos en Jerusalén, eso no pudo salvarlos. Solo si las naciones o los individuos persisten en el amor a la verdad, solo si participan constantemente de las hojas del árbol de la vida, su existencia se prolonga.

El carnero y el cabrío se encontraron en un río. La primera batalla exitosa librada por los griegos contra los medos fue a orillas del Granico, un arroyo de Asia Menor. Esto fue en el año 334 a.C. La victoria de Grecia ya estaba registrada en los libros del cielo. La batalla de Granico fue seguida pronto por la derrota de las fuerzas Medo-Persas en el paso de Iso, y la tercera y abrumadora derrota fue en las llanuras de Arbela, en el 331 a.C. Nadie pudo librar la causa en declive del imperio Medo-Persa de las manos del victorioso Alejandro.

Alejandro no tiene rival en la rapidez de sus conquistas. Era solo un joven de veinte años cuando, por la muerte de su padre, Filippo de Macedonia, heredó un pequeño dominio. Unió los estados griegos, se puso al frente de los asuntos y dirigió sus ejércitos en una serie de maravillosas victorias. En el espacio de unos pocos años fue el amo reconocido del mundo. Quien ascendió a la posición más alta que el mundo podía ofrecer, cayó con la misma rapidez. Había conquistado

reinos, pero no era dueño de sus propias pasiones. Su amor por la alabanza lo llevó a hacerse proclamar Hijo de Júpiter-Amón en Egipto, y su amor por la bebida le causó la muerte a la edad de treinta y dos años, después de un reinado universal de solo dos años. Tal fue el destino de quien no temía ni a Dios ni al hombre. «El Altísimo rige en el reino de los hombres.»

«La promoción no viene del oriente, ni del occidente, ni del sur, sino que Dios es el juez. Él derriba a uno y levanta a otro.»

«Por la fuerza ningún hombre prevalecerá.» No hay limitación del Señor para salvar por muchos o por pocos.

«No es salvado el rey por la multitud de un ejército; no es librado el valiente por la mucha fuerza. Vanidad es el caballo para la salvación; tampoco libraré a nadie con su gran fuerza. He aquí, el ojo del Señor está sobre los que le temen, sobre los que esperan en su misericordia; para librar sus almas de la muerte, y para mantenerlos con vida en el hambre.»

Verdaderamente el Señor «Aumenta las naciones, y las destruye; Él engrandece las naciones, y las desmenuza de nuevo. Quita el corazón de la gente de la tierra, y los hace vagar por un desierto donde no hay camino. Tantean en la oscuridad sin luz, y los hace tambalear como un borracho.»

«Cuando se hubo hecho fuerte, el gran cuerno fue quebrado, y en su lugar surgieron cuatro cuernos notables hacia los cuatro vientos del cielo.» Alejandro no dejó heredero capaz de gobernar el reino, y en menos de veinte años de contienda, sus cuatro principales generales lograron dividir el imperio entre ellos.

Ptolomeo tomó Egipto y el territorio del sur; Seleuco tomó Siria y la división oriental; Lisímaco tomó Asia Menor y el territorio del norte; mientras que Casandro tomó posesión de Grecia, la división occidental. Estos cuatro hombres no tuvieron el poder de Alejandro. La historia profética de estas cuatro divisiones se da en el undécimo capítulo de Daniel.

En la división que se considera, el profeta ve un cuerno pequeño que sale de una de estas cuatro divisiones. Aquí se presenta a la vista el poder simbolizado

por la cuarta bestia del séptimo capítulo de Daniel. En su primera visión, la cuarta bestia era tan terrible y tenía una apariencia tan extraña que Daniel pidió una explicación más clara de su obra. En su segunda visión, el cuerno pequeño no es nombrado, pero su obra como reino se describe aún más. Uno siente, al leer tanto la visión como la interpretación del cuerno pequeño, que está entrando en la presencia de un poder mayor y más terrible que cualquiera que hubiera existido hasta entonces. Las fuerzas acumuladas del mal de épocas pasadas se concentran en este poder creciente, que se hizo excesivamente grande. Fue en verdad la obra maestra del taller de Satanás. Cuatro mil años de prueba no habían pasado en vano. Así como el cielo estaba a punto de vaciarse en el don del Salvador, así toda la maldad del mundo inferior se puso en juego para contrarrestar el amor de Dios y destruir el efecto del sacrificio. Hay un mundo de significado en las palabras del ángel.

Dijo Gabriel: «Su poder será grande, mas no con su propia fuerza.» Ningún poder meramente humano podría hacer lo que hizo este reino. Así como la luz, el amor y el poder vienen de arriba a aquellos cuyos ojos se dirigen hacia el cielo, así un poder de abajo toma posesión de los individuos y naciones que resisten el amor de Dios. Este reino «se engrandeció en gran manera, hacia el sur, y hacia el este, y hacia el sur, y hacia el este, y hacia la tierra gloriosa.» Roma extendió su territorio alrededor del Mediterráneo; no había lugar donde sus armas no fueran victoriosas. Algunas de las batallas más grandes que registra la historia fueron libradas por los ejércitos romanos. La pluma de la Inspiración dice: «Él [el cuerno pequeño] destruirá asombrosamente.» Ciudades que osaron resistir el poder de Roma fueron borradas de la existencia. Al describir el gobierno, el ángel dijo: «Él prosperará y actuará», y «por medio de su astucia también hará prosperar el engaño en su mano.»

Pero aparte del fuerte gobierno central que fue construido por Roma; que puso a todas las demás naciones a sus pies, y esclavizó a las más nobles razas; que estaba robando a los hombres sus derechos dados por Dios, y violando todo principio de equidad y justicia, —aparte de todo esto, la gran arrogancia de Roma

se manifestó cuando la nación se engrandeció contra la hueste (iglesia) del cielo. «Sí, se engrandeció incluso contra [marg.] el Príncipe de la hueste.» «También se levantará contra el Príncipe de los príncipes.»

El pueblo de Dios es precioso a sus ojos, y quien los toca, toca la niña de su ojo. Roma primero privó a los judíos del derecho a adorar, oprimiendo a esa nación bajo el talón de la tiranía. Luego vino Cristo, cuando la opresión era más severa, para que Roma pudiera ver a Dios en carne humana. Él vino para identificarse con ese pueblo oprimido, y para mostrar a los hombres que Dios siempre está del lado de los oprimidos y esclavizados. Él vino para ilustrar el obrar del Espíritu en el corazón humano, y para probar que es posible tener un cielo interior, aunque las circunstancias externas sean contrarias.

Pero Roma crucificó a Aquel a quien el Cielo envió. El dragón se encolerizó e hizo guerra contra la descendencia de la mujer —Cristo— que había sido prometido cuando el pecado entró en el mundo. Este fue el paganismo en su mayor fuerza. Estaba en sus estertores de muerte, pero incluso en la agonía de la muerte golpeó la verdad.

Lo que Satanás no pudo lograr mediante la oposición abierta, buscó lograrlo mediante la política y la estrategia. Silenciosa y sigilosamente, los principios del mal se introdujeron en la iglesia de Cristo, que había crecido a pesar de la oposición pagana. La humildad del Hijo de Dios caracterizó al principio el cuerpo de los cristianos, y allí residía el poder de la iglesia primitiva. Las madres cristianas reunían a sus hijos a su alrededor como lo habían hecho las madres judías en los días de su prosperidad. Desde la infancia, las verdades de la Palabra de Dios fueron implantadas en sus corazones; cánticos sagrados estaban en sus labios; la Palabra de Dios era el libro de texto del cual se aprendían todas las lecciones. Los padres no se atrevían a permitir que sus hijos permanecieran en las escuelas paganas, porque la atmósfera misma respiraba la adoración pagana; el aire estaba cargado con el olor de los sacrificios a los ídolos. No se atrevían a sentarse a la mesa con aquellos con quienes alguna vez habían sido familiares,

porque la comida había sido consagrada a los ídolos. De la manera más cuidadosa se educó a la generación venidera, y el cristianismo tomó el lugar del paganismo.

Pero Satanás no podía ver su poder derrocado sin librar una lucha desesperada, y sigilosamente insinuó sus principios en la nueva iglesia. Las disputas, las controversias teológicas expulsaron el espíritu de vida. La autoexaltación puso a los hombres en el poder; los derechos iguales de todos cayeron ante el poder creciente de una jerarquía. El principio de los fideicomisos y monopolios, de las uniones y ligas, que siempre había caracterizado a la sociedad pagana, enroscó sus zarcillos alrededor de la nueva organización de los cristianos y ahogó su vida. El paganismo —el «*continuo*» de Daniel 8:12— fue quitado, es cierto, y Roma se convirtió nominalmente en un imperio cristiano. Su emperador profesó el nombre de Cristo y llevó ante su ejército el estandarte de la cruz. Se emitieron decretos que obligaban a los hombres a adorar según los dictados de Roma. Fue entonces cuando el hombre —el emperador— y el imperio intentaron exaltarse por encima del Dios del cielo. Los principios del propio Lucifer habían desplazado la verdad de Cristo, y, como le fue mostrado a Daniel, la verdad fue echada por tierra.

Para Juan, esta transferencia del paganismo al papado se representa como una transferencia de poder del dragón a la bestia (Apocalipsis 13:7). Los versículos once y doce del octavo capítulo de Daniel son paralelos a los versículos veintiuno y veinticinco del séptimo capítulo, donde el cuerno pequeño hace guerra contra los santos y habla grandes palabras contra el Altísimo, intentando cambiar sus tiempos y su ley. Dos veces le había sido mostrada a Daniel la doble historia de Roma: primero como un poder pagano, cuando fue más cruel que cualquier gobierno pagano anterior; y más tarde como un poder profesadamente cristiano, cuando su crueldad superó con creces todas las obras del paganismo.

El profeta estaba descorazonado al contemplar estas escenas y los profundos sufrimientos del pueblo de Dios. Era incapaz de comprender la idea del tiempo en que estos acontecimientos ocurrirían, y pensó que su propio pueblo, tal vez los mismos que en ese momento estaban en cautiverio en Babilonia, serían llamados

a sufrir estas cosas. El juicio investigador le había sido revelado, cuando los casos de los hombres serían juzgados y el opresor condenado. También se le había mostrado que el fin de este poder opresor sería el lago de fuego, cuando la autoridad romana sería quebrada sin mano humana. En el sueño de Nabucodonosor, el fin llegaría cuando la piedra cortada sin mano humana golpeará la imagen y finalmente llenará toda la tierra. Mientras estas escenas pasaban como un panorama ante los ojos del profeta, los ángeles también observaban, porque están interesados en todo lo que afecta al pueblo de Dios en la tierra.

El universo ha esperado ya seis mil años el desenlace final entre la verdad y el error. No es extraño que las huestes angélicas se pregunten cuándo terminará la lucha y cuándo podrá ser entonado el Cantar de los Cantares por el coro del cielo. Estos tiempos están ocultos con el Padre, pero el hombre puede comprender algunos de los secretos del Todopoderoso. El interés que el Cielo manifiesta en estas escenas de la tierra se muestra en el versículo trece. Un ángel llamó a Gabriel, preguntando: «¿Hasta cuándo durará la visión del continuo [Roma pagana], y la prevaricación asoladora [el papado], para entregar el santuario y el ejército para ser pisoteados?» Y Gabriel respondió: «Hasta dos mil trescientas tardes y mañanas; luego el santuario será purificado.»

Daniel anhelaba comprender lo que había visto, y la estrecha conexión entre el anhelo humano y el corazón de Cristo se muestra aquí; porque Cristo, apareciendo como hombre, se puso delante del profeta, y a Gabriel le dijo: «Haz que este hombre entienda la visión.» Gabriel se acercó, y ante su excesiva brillantez Daniel cayó al suelo con el rostro en tierra. Luego, como para aliviar la tensión de la mente de quien llevaba a Israel en su corazón, dijo: «Entiende, hijo de hombre, porque la visión es para el tiempo del fin. ... Te haré saber lo que ha de suceder en el postrer tiempo de la ira; porque es para el tiempo señalado del fin.»

Gabriel retomó la historia de los reinos uno por uno, y cuando llegó a los dos mil trescientos días, dijo: «La visión de la tarde y la mañana [Daniel 8:14,

margen, lo mismo que los dos mil trescientos días] que te ha sido dicha es verdadera; y tú guarda la visión, porque es para muchos días.» Daniel se desmayó, porque la crucifixión del Salvador acababa de serle revelada, y la visión era más de lo que podía soportar. Una explicación adicional se retrasó hasta una visión posterior. Los acontecimientos que tendrían lugar durante ese período se mencionan en el siguiente capítulo del libro de Daniel.

El espíritu de profecía es un don que debe ser anhelado. Dios nunca se deja sin algunos representantes en la tierra, y entre su pueblo algunos son profetas. El estudio de la vida de Daniel revela el carácter que hace posible que el hombre entienda el lenguaje de Dios. Un alma limpia y pura es necesaria. Gabriel es el ángel de la profecía, el mensajero que lleva la luz de la verdad a los hombres. Al padre de Juan el Bautista le dijo: «Yo soy Gabriel, que estoy de pie en la presencia de Dios.» A Daniel le dijo: «No hay quien me ayude en estas cosas, sino Miguel vuestro Príncipe» —Cristo mismo. Gabriel es, entonces, el asistente personal del Hijo de Dios, ocupando la posición de portador de luz que Satanás ocupó antes de su caída. Fue Gabriel quien anunció el nacimiento del Salvador a María en Nazaret. Fue él quien dirigió el coro angelical en las llanuras de Belén; él, junto con otros, como la estrella, guio a los magos al Niño de Belén.

Fue Gabriel quien dio fuerza al Salvador al final de los cuarenta días de conflicto en el desierto de la tentación, y él quien levantó la forma postrada del Hijo del Hombre en Getsemaní, y apoyó aquella cabeza dolorida, mojada con sudor de sangre, sobre su propio pecho. Ante Gabriel, la guardia romana cayó como hombres muertos, y su voz sacudió la tierra cuando el Salvador salió del sepulcro. Sentado en el sepulcro vacío, se encontró con los discípulos y las mujeres, y les mandó buscar a su Señor entre los vivos.

El Salvador ascendió al cielo, dejando a sus discípulos solos, pero no solos, porque «He aquí, dos varones estaban junto a ellos en vestiduras blancas.» Mientras el cielo resonaba con cánticos de bienvenida al Hijo de Dios que regresaba, dos ángeles permanecían en la tierra para consolar a los solitarios. Uno de ellos era Gabriel, el ángel acompañante de Cristo. De todos los ángeles del

cielo, ninguno ha estado más estrechamente conectado con el hombre que Gabriel. Sin embargo, a Juan, que cayó ante él para adorarlo, le dijo: «Mira, no lo hagas; porque yo soy consiervo tuyo.» Gabriel era solo un ángel, sostenido por el mismo Poder que sostenía a Juan, y no permitiría por un momento que Juan fuera engañado pensando que era parte de la gran Trinidad del cielo y digno de la adoración de la humanidad. Aseguró a Juan que era solo una de las huestes de «espíritus ministradores, enviados para servir a favor de los que han de heredar la salvación», al decir: «Yo soy consiervo tuyo.» Tan involucrado en los asuntos del hombre está este poderoso ángel que se considera uno con nosotros. Este es a quien Cristo ha usado para transmitir la luz de los acontecimientos futuros a los hombres sobre la tierra. A cada profeta, desde Moisés hasta Juan, vino el mismo ángel, y a la iglesia remanente sigue siendo Gabriel quien revela la verdad a través de la persona del profeta.

«El ángel, respondiendo, dijo a las mujeres: No temáis vosotras; porque yo sé que buscáis a Jesús.»

¿Por qué temblar al conducir

Al cristiano al sepulcro?

Allí una vez la carne de Jesús yació,

Y dejó un largo perfume.

Las tumbas de todos sus santos Él bendijo,

Y ablandó cada lecho;

¿Dónde deberían los miembros moribundos descansar,

Sino con su Cabeza moribunda?

De allí Él se levantó, ascendiendo alto,

Y mostró a nuestros pies el camino:

Hacia el Señor todos volaremos

En el gran día de la resurrección.

— Isaac Watts.

Antes de su caída, Lucifer era el portador de luz. Desde entonces, ha usado su poder para llevar oscuridad a los hijos de los hombres. Siempre ha habido, y habrá hasta el fin de los tiempos, falsos profetas y videntes. Hombres que podrían ser usados por Dios, si sus corazones le fueran entregados, a menudo se rinden a la influencia del poder falsificado. Aquí radica la explicación de las manifestaciones espirituales. Tan grande será este poder que antes del fin el propio Satanás, personificando a un ángel de luz, aparecerá en la tierra, engañando, si es posible, incluso a los escogidos. La seguridad del pueblo de Dios residirá en prestar atención a la voz de Gabriel mientras habla a través de algún instrumento escogido. Cristo habla a través de Gabriel a su profeta.

Daniel, aunque vivía en el palacio de Susa, fue llevado por el ángel al río Ulai. A orillas del río fue testigo de la contienda entre el carnero y el cabrío —entre el imperio Medo-Persa y los griegos. Ulai representa el río del tiempo, que tiene su origen en la eternidad. El tiempo con el que tenemos que lidiar es solo una fracción infinitamente pequeña de la eternidad, como una gota en el balde, como el arroyo al océano. Pero a orillas de este río se encuentran todas las naciones; allí se levantan y allí caen. Cristo preside las aguas, y su voz se escuchó desde entre las orillas del río llamando a Gabriel: «Haz que este hombre entienda la visión.» Una nación puede contender con otra en sus orillas, pero el «*Santo Vigilante*» está siempre cerca. Este río contiene el agua de vida para todos los que quieran beber, pero todas las naciones han construido muros de río que exceden la altura de los de Babilonia, para mantener a los hombres alejados del agua y para romper la influencia de Aquel que llama desde entre las orillas.

«Para el tiempo del fin será la visión.» (Daniel 8:17).